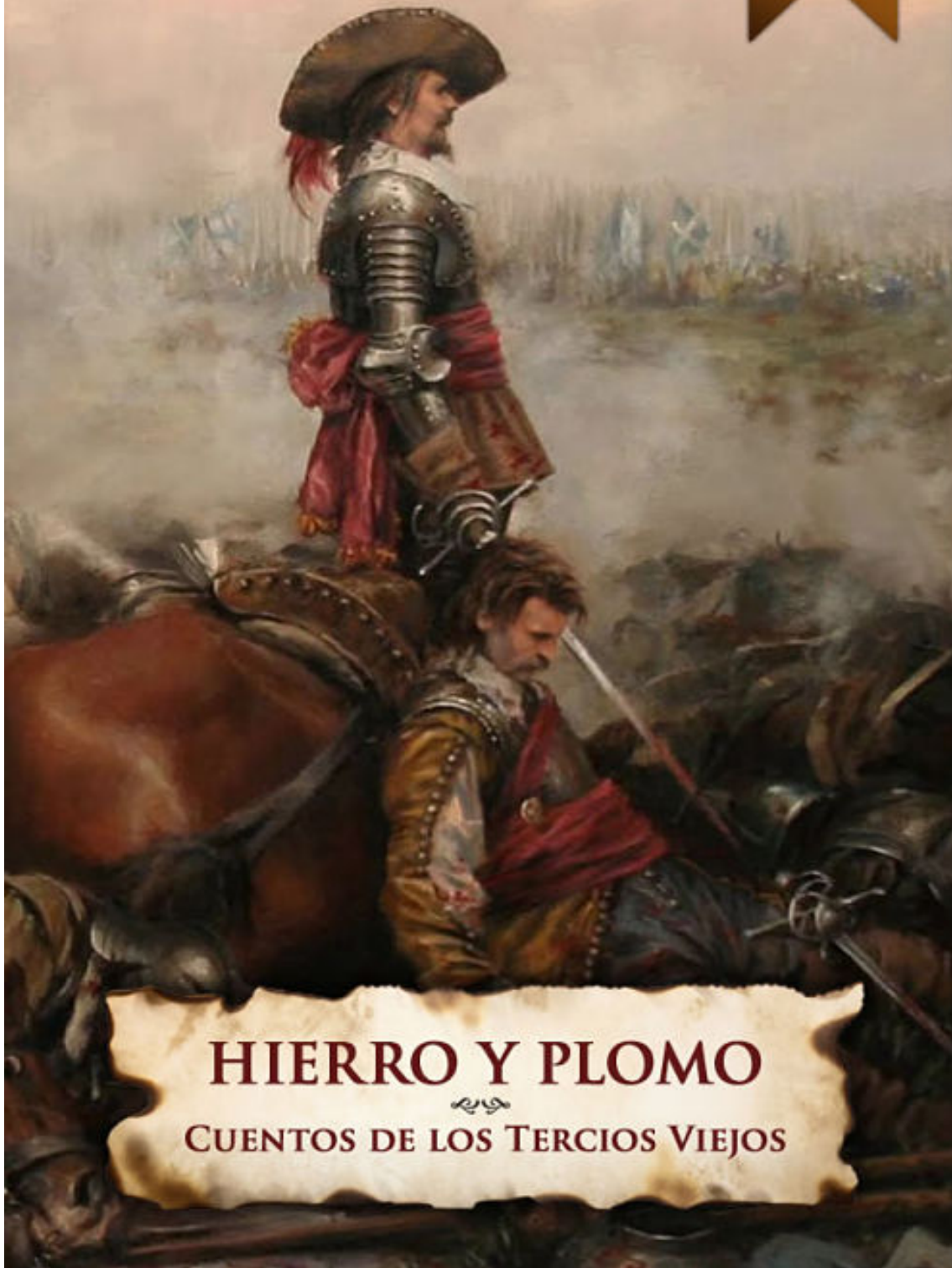
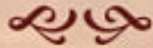


ANTONIO VILLEGAS GONZÁLEZ



HIERRO Y PLOMO



CUENTOS DE LOS TERCIOS VIEJOS

ÍNDICE

ÍNDICE	2
CRÉDITOS	3
PRÓLOGO.....	4
Navidad en Cefalonia.....	
Ceriñola.....	
Garellano	
La retirada.....	
Setecientos arcabuces	
Amanecer en Alborán	
Castelnuovo.....	
Gravelinas.....	
La encamisada.....	
La de San Quintín.....	
El vado del río Elba	
La marcha del Tercio de Granada.....	
El arcabuz.....	
El puente Farnesio	
Milagro en Empel	
La loma de Jodoigne.....	
El Fuerte del León	
El galeote	80
El puente de Ems	
La trinchera de Mook	
El agua al cuello	
El inexpugnable San Mateo	
El viejo soldado.....	
Nordlingen	
Murallas humanas	
SOBRE EL AUTOR.....	111
CONTRAPORTADA.....	114

CRÉDITOS

Autor: [Antonio Villegas González](#)

Facebook: www.facebook.com/ant.villegas.glez

Portada: Alférez de los tercios españoles, 1640. [Augusto Ferrer-Dalmau](#)

www.elcaminoespañol.com

hierroyplomo@gmail.com

Twitter: @elcaminoespanol

Facebook: www.facebook.com/elcaminoespanol

Copyright © 2012: El Camino Español

Libro electrónico creado con [Sigil](#)

PRÓLOGO

Antonio Villegas, soldado veterano del Ejército de Tierra, en un reconocido esfuerzo de investigación, ritmo y escritura, nos relata y rescata de la memoria algunas hazañas de nuestros intrépidos y bravos soldados de los Tercios, aquellos que sembraron la admiración en todos los continentes. Una lectura fácil que es muy difícil de escribir y que transmite, con singular oficio, emoción, historia y manera. Con él nos parece viajar a paisajes de nombre impronunciable que sonaban a demonio y a herejía: Empel, Waal, Jemmingen, Mook, Norlingen, Seneffe, escenarios de Flandes donde nuestras tropas dieron lo mejor de sí mismas. Fueron la mejor infantería del mundo, curtidos guerreros, brazo ejecutor del poder español en Europa y cuyos golpes de mano y procedimientos irregulares sobrevivieron en el tiempo.

Los Tercios fueron una fuerza de choque extraordinaria, con una capacidad asombrosa de combinar el fuego y el movimiento. El lento caminar, inexorable, de aquellos cuadros erizados de picas escupiendo la irrevocable fruta del arcabuz, los hacía invulnerables a la Caballería; su capacidad de sufrimiento, su tenacidad, su técnica y su bravura los hacía imbatibles frente a la Infantería enemiga, que era barrida de los mapas con precisión de cirujano. Aquellos tercios combatieron en los Países Bajos buscando el predominio estratégico en lejana geografía. Las etapas del camino Español fueron un prodigio logístico. Los conceptos de modularidad organizativa e interoperabilidad que hoy se manejan eran una realidad entonces.

En este libro el autor desciende a los sentimientos y al “valor del brazo” de cada uno de aquellos trescientos cincuenta hombres que componían cada una de las doce compañías de cada uno de los Tercios de Lombardía, Sicilia, Milán, Cerdeña y Nápoles, para describir la superior naturaleza de los españoles de aquel tiempo en el noble arte de la guerra. Ninguna sociedad de entonces había fraguado una educación que realizaba el valor militar por encima de otras virtudes. Fruto del tiempo que les tocó vivir y herencia de ocho siglos de reconquista, el soldado de los tercios era agresivo y disciplinado, con una enorme confianza en sí mismo, orgulloso pero difícil de trato,

exigiendo, como una cuestión de honor y reputación, el ser empleado en los puestos decisivos o en los de mayor riesgo y fatiga. Sentimiento que el autor de estas historias nos trae a nuestros días, dibujándonos unas estampas formidables de un tiempo olvidado. Y lo hace de manera sencilla y amena, con contundencia histórica, reclamando nuestro pasado a través de aquellos valores que nos hicieron respetables y dueños del mundo: el honor, el crédito, la caballerosidad, la “honra”, la bravura, el sentido del deber, y el orgullo de ser y “sentirse” español. Estos relatos breves y de alto contenido emocional, son fruto de la pasión, el cariño y el admirable ardor patrio del autor que rescata en cada línea la grandeza de nuestro glorioso legado con el propósito de recordar el esplendor de esta vieja y gloriosa Nación, en una época en la que vivir o sobrevivir constituía una aventura extraordinaria

Estoy convencido de que su lectura les hará revivir esa épica caballeresca tan nuestra que ha sobrevivido al paso de los siglos, y sin ningún tipo de duda disfrutarán y sentirán, como nunca, el orgullo de ser español.

Francisco Puentes Zamora

Teniente General Jefe del Mando de Adiestramiento y Doctrina del E.T.

CUENTOS DE LOS TERCIOS VIEJOS

Durante mis viajes por Europa circulando sobre las modernas autopistas por las que transitaba y bajo el rumor de los neumáticos contra el asfalto escuchaba otro sonido más callado y viejo, un soniquete que provocaba que por las noches mi alma se estremeciese y los ojos se me llenasen de lágrimas.

Era el sonido de los huesos, gritándome desde sus tumbas, de miles de compatriotas que bajo aquella tierra yacían, olvidados y perdidos de nuestra ingrata memoria, pisoteado su glorioso recuerdo, muertos por una patria desagradecida que los mantiene alejados de las escuelas y de los libros, marcados por la leyenda negra que sobre ellos escribieron sus rencorosos enemigos.

Los Tercios Viejos de Infantería Española dominaron los campos de batalla de Europa durante siglo y medio, siempre en el filo de la espada, en mitad tierra hostil, solos y lejos de su patria, hombres de toda clase social y de toda valía moral que se unieron bajo la bandera de la Cruz de Borgoña y defendieron el Imperio donde el sol no se ponía con valor y con honra.

Recorrí las Provincias Rebeldes, mil veces subí y bajé por el Camino Español, crucé Namur y Bruselas, Luxemburgo y los ríos Mosa, Waal, Danubio y Rin, pasé el Escalda en una barcaza y estuve en la capilla de Empel y en la colina Albuch de Nordlingen.

Y en cada uno de estos lugares la huella de los españoles que allí lucharon y murieron me llenaba de orgullo, de respeto y de admiración por aquellos hombres que hace tanto tiempo defendieron su nación sin importarles ni el dolor ni el sufrimiento, ni el abandono de Reyes ingratos ni de Validos ambiciosos, sin importarles nada más que su honor y la honra de su bandera y de su Tercio.

Batallas, encamisadas, asedios... Recorrí todos aquellos lugares estremeciéndome al recordar las gestas y las hazañas que los Tercios Viejos de Infantería Española habían protagonizado y de las que mis compatriotas de hoy apenas sabían nada y lo peor, apenas se interesaban por ellas, provocando de esta manera el repicar de huesos clamando justicia por su memoria que yo escuchaba cada

noche mientras intentaba conciliar el sueño en aquellas frías tierras flamencas.

Por causa de aquel rumor insistente, son españoles los que gritan, los que golpean sus fémures contra el olvido al que los tenemos sometidos, son nuestros compatriotas los que murieron allí, tan lejos y de los que nadie se acuerda, aunque de una manera o de otra, para bien o para mal lo hicieron por todos nosotros por los que hoy siglos después habitamos ésta vieja tierra, nació éste libro donde se recogen en forma de relatos cortos algunas de las batallas en las que aquellos hombres irrepetibles lucharon y murieron, convirtiéndose por derecho propio en la mejor y más temida infantería del mundo. Los Tercios Viejos Españoles que hicieron temblar al Mundo entero.

Espero lo disfruten vuestras mercedes tanto como yo disfruté escribiéndolo, y así, al leer sobre sus hazañas y su sacrificio, que ése instante de recuerdo dentro de sus corazones les sirva a aquellos hombres valientes de merecido tributo y homenaje.

Les invito a alistarse bajo la vieja Cruz de San Andrés y a entrar a formar parte del cuadro de infantería, como piquero, arcabucero, alférez abanderado o simple mochilero. Les invito a vocear en mitad de una carga de caballería holandesa el antiguo grito de nuestros antepasados:

¡SANTIAGO y CIERRA! ¡ESPAÑA!

Antonio Villegas Glez.

El galeote

Una vez fui galeote, hace muchos años y todavía conservo en la piel las huellas de los rebencazos que nos daban los sarracenos. ¡Tachat, tachat, tachat!, restallaba el látigo mientras nos desollaban las espaldas.

La galera “Mahoma” era el orgullo de su capitán Uluch Ahmed y el hijo de mala madre sarracena tenía por honra que su nave fuese la más rápida y mortífera de toda la flota de La Sublime Puerta, y lo era, ¡Vive Dios que lo era!, ahí están mis cicatrices que lo demuestran.

Me llamo Gonzalo de Guzmán y Arregui y una vez fui galeote.

El día que los otomanos nos capturaron volvíamos de Chipre a donde habíamos llevado a varios caballeros de La Religión, que así es como llamamos a los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén, y aparecieron los turcos de repente, tres galeras y una galeaza que nos hizo mucho daño con sus cañones y una de aquellas galeras era la “Mahoma”, y ya les dije que era rápida como el viento pues se distinguían sus remos avanzar cortando el agua, rítmicos y acompasados. Disciplinados.

Los de la galera “Santiago”, como buenos hidalgos y españoles bien nacidos no íbamos a dejar que nos capturasen sin lucha, por éso durante tres horas nos batimos con furia, pero los jenízaros nos inundaron las arrumbadas y Cristo empezó a abrirnos las puertas del cielo a todos.

No sé si fue por mis ropas caras de hidalgo pudiente, que había ganado en una partida de desencuadrada, por lo que me encadenaron a un remo y no me degollaron como a un perro a proa junto al espolón como a otros prisioneros, quizá los turcos suponían que mi supuesta familia rica pagaría mi rescate en buenos doblones del Rey.

¡Si estos infieles conociesen la realidad...!

En pocos días aprendí que en galera turca remar y callar es ley y encima a mi lado me habían tocado de compañeros dos tudescos grandes como bueyes e igual de inteligentes y un renegado maltés que hablaba solamente en lengua franca y al que no entendía ni la misma madre que lo parió, el de más allá que era un griego delgado y

taciturno no dijo nada en cinco meses que fue el tiempo justo que tardó el brutal cómitre en hacerle trizas los riñones y de que lo tirasen por la borda sin más ceremonias.

El tiempo al remo es tiempo de mucho pensar pues ingenias mil planes irrealizables de fuga, recuerdas cada instante bueno y malo de tu existencia, rezas mucho e imaginas, cada vez que nos cruzamos con alguna galera cristiana que ésa será la que te saque de allí, también hay días en los que reniegas de todo y tan solo deseas llegar de una puñetera vez a Constantinopla o a donde sea y que te quiten los grilletos oxidados que te están corroyendo los huesos. Es bueno pensar y repensar e intentar que nada te afecte, así quizá la cabeza logre escapar de todo aquello y puede ser que no te vuelvas loco y acabes como algunos que gritan o se ríen sin motivo aparente, o lloran desesperados mientras se arrancan las uñas a mordiscos.

Tampoco se hacen amigos en galera pues apenas da lugar para ello, ya que los turcos no permiten a los españoles juntarnos a más de tres a la vez, o se matan entre ellos, o peor capaces son de tomar la galera a pueros huevos que con éstos nunca se sabe, deben de pensar de esta manera porque es vernos a dos galeotes charlar en buen castellano y comenzar de inmediato a darnos de latigazos mientras nos enseñan las gumías y se señalan el gazonate, los hideputas.

Y de esta manera tan entretenida van pasando los días y los meses y los años y de Constantinopla nada de nada, solamente algún ataque en puerto de La Sublime para reabastecernos y soltar esclavos aunque a mí nadie me deshierra, a mí me dejan encadenado aquí al remo en cada ocasión.

También la galera "Mahoma" ha sostenido combates duros, con nosotros dentro, claro, verdaderas batallas en las que piensas que hasta allí has llegado, mientras chorrea la sangre y caen los hombres destrozados a tu alrededor, es de cagarse y perdonen vuestras mercedes, pero es que es así, pues amarrado a la galera si se va a pique tu vas con ella irremediabilmente y con tanta gente acuchillándose a mansalva y sin piedad a tu alrededor quedas expuesto a llevarte uno de los mil tajos que cortan el aire o de las cien pelotas de plomo y quinientas saetas que vuelan por todas partes y tu allí amarrado e indefenso. Un infierno para los nervios, créanme.

Sin embargo un suceso inesperado nos saca de la rutina, al menos de la rutina de navegar sin rumbo en busca de presas.

La inmensa flota turca se ha reunido, galeras y galeazas por decenas y cientos de tahonas y naves menores con miles de gargantas gritando "Alá es grande" cinco veces al día y cantando tocando chirimías y panderos hasta la madrugada. Algo gordo se cuece.

Entre los esclavos los rumores corren como el viento, que si los turcos se están reuniendo para entablar un gran combate contra los cristianos, que si el Papa ha convocado una Liga, que si el Rey Felipe de España envía a su propio hermanastro como Capitán General, y mil chascarrillos más que corren de banco en banco, de galera a galera, como un rayo de luz y de esperanza.

Todo esto no son más que rumores y muy pocos les hacemos caso y menos caso se hace todavía a los cuatro locos que andan propagando la rebelión entre nosotros, entre los galeotes, pregonan que cuando llegue el momento habrá que intentar morir luchando, yo estoy dispuesto pero ¿y los grilletes?...

Los rumores se convirtieron en realidad el día siete de octubre de mil quinientos setenta y uno, nunca jamás olvidaré tal fecha, era el día de la celebración de Nuestra Señora del Rosario y fue el día que me liberé por fin del yugo sarraceno.

Las tablas saltaban hechas pedazos y los remos partidos eran ahora solo inútiles estorbos y más de la mitad de los galeotes yacían muertos , a mí alrededor todo era un caos de tripas y sangre, de madera y astillas, de cabos y lonas desparramados, de locura y de matanza.

La flota cristiana, gracias a Dios, estaba destrozando a los turcos, los gritos desquiciados de los que mandaban la "Mahoma" así me lo indicaban pues corrían todos como locos por las arrumbadas un poco antes del choque brutal que dimos contra las naves cristianas, nosotros los galeotes remábamos desquiciados con la espalda chorreando sangre pues como en cada ocasión la galera de Uluch Ahmed navegaba de las primeras. Y así nos dieron...

Las galeazas cristianas nos hicieron migas con sus cañones mucho antes de acercarnos, pero la inercia pues allí a aquellas alturas no remaba nadie, nos llevó contra el espolón de una galera española. A través de un boquete del tablazón veía a mis antiguos camaradas cargar y disparar sus arcabuces, impasibles y certeros eran una muralla de hierro y de plomo, eran la Ira de Dios.

Tengo que confesar que el orgullo que sentí en aquel momento por mi patria y por mis compatriotas valían todo el oro de las Indias y pagaba sobradamente todas las miserias y privanzas sufridas durante aquellos largos años.

La imagen de los arcabuceros españoles disparando sobre los turcos, aquel día de octubre, hacía que mi corazón henchido diese gracias a Dios por haber nacido en aquella tierra dura en ingrata, en aquellos campos yermos y abandonados, en aquellos páramos llenos de ovejas, en aquel lugar donde relumbraban con igual fuerza la gloria y la miseria.

Y entonces me puse a gritar:

-¡¡¡SANTIAGO!!!!.....¡¡¡CIERRA, CIERRA!!!!...

Y el Apóstol me escuchó porque unos soldados viejos que segaban turcos como descosidos, me oyeron y paso a paso se acercaron hasta donde estaba yo. Daba miedo verlos venir, dando tajos y pegando tiros con los arcabuces mientras chorreaba la sangre turca de sus espadas:

-¿Español, eres?- me dice uno con barbas y cara de fiera y me parece que responder que sí.

- ¡Vamos pues!- y de un tiro certero me libra de los grilletes que me aprisionaban.

Los huesos me vibran y me duelen pero mi corazón salta de alegría y más cuando me dan una espada.

Pensaba yo que tantos años sentado al remo me habrían hecho perder la destreza, pero no y además allí había sarracenos a cientos para poder practicar ya que a mi alrededor la batalla continuaba.

Nadie daba cuartel, aunque al asomarme a la borda vi que los turcos buscaban ya más escapar que combatir, y no me extraña porque casi toda la flota otomana ardía y las que quedaban se batían desesperadas a saetazos contra el poder de fuego de los cristianos que barrían las cubiertas enemigas a mosquetazos.

Y bueno, por allí había un tal Miguel de Cervantes, que herido en una mano manejaba la espada con la otra haciendo gran sarracina de turcos y a su pluma magnífica les remito.

Yo a fin de cuentas no soy más que un pobre hidalgo segundón y simple soldado del Rey.

Gonzalo de Guzmán y Arregui... Y una vez fui galeote.

SOBRE EL AUTOR



Antonio Villegas fue soldado profesional durante doce años, sirviendo en misiones internacionales en Bosnia y Kosovo. Las gestas y hazañas olvidadas de nuestros compatriotas junto con la Historia son sus dos grandes pasiones que conjuga con maestría en los escritos que nos hacen vivir episodios olvidados de nuestra historia.

Licenciado del Ejército, ejerció varios años de transportista. Viajó por toda Europa lo que le permitió grabar en la retina los escenarios que ahora transcribe en sus relatos.

Es un lector voraz que admira a Pérez Galdós, Vázquez Figueroa y a Pérez Reverte, calificando él mismo su estilo como "Alatristesco". En la actualidad es uno más de los desempleados de este país, viejo y duro, que se llama España.

CONTRAPORTADA



Si te ha gustado este relato, no dudes en comprar la obra completa en <http://www.elcaminoespañol.com> por sólo 1,99 €



El Camino Español es la ruta histórica que va de Milán a Flandes y que recorrieron los tercios durante los siglos XVI y XVII.